

JOSÉ MARÍA BRAVO MARQUEZ TODO EL QUE HABLA ...CANTA

José María Bravo Betancur

Si se quiere buscar entre los educadores uno que se pueda llamar *Maestro*, José María Bravo Márquez fue uno de ellos. Maestro por lo que sabía y sobre todo, por la gran capacidad de transmitir a sus discípulos y amigos, todo aquello que poseía en su intimidad espiritual llena de conocimientos humanísticos.

El 16 de mayo de 1902 nació en el hogar de Ricardo Bravo Posada y Ana Joaquina Márquez Bravo, en el viejo y tradicional barrio de San Benito. Su madre, viuda muy joven, cuando esperaba a su segundo hijo Ricardo, le dio una educación austera y muy influida por el ambiente cultural que se vivía en esa casa, ya que compartía su vivienda con su madre, doña María Jesús Bravo Echeverri y su hermano Tomás Márquez Bravo, llamado el sabio, más conocido por su seudónimo de *Don Lope de Azuero*.

Proveniente de una familia tradicional, dedicada enteramente a las faenas intelectuales, la literatura, la música, la poesía, las matemáticas puras y el periodismo, además de muy católica, y a la sombra de su tío Tomás Márquez maduró su inteligencia en diversas disciplinas que posteriormente lo lanzaron hacia el humilde camino franciscano, ya que de niño había recibido la influencia de la comunidad franciscana.

Su padre Ricardo que se destacó como un exquisito violinista, murió a temprana edad; su madre Ana Joaquina fue una matrona que dedicó toda su vida a la formación espiritual de sus hijos y al servicio de los más desposeídos; su abuela María de Jesús, fue una gran pianista y alma de bien, que irradió su capacidad de servicio hacia todos sus semejantes. Recibió gran influencia cultural de su tío Tomás, hombre de destacada vida intelectual. Su pasión por la política la heredó en gran parte de su tío abuelo el General Pascual Bravo, quien fue Presidente del Estado Soberano de Antioquia a los veintitrés años de edad. De todos ellos heredó su clara inteligencia, su musicalidad,

humanismo y cristianismo, además de su vocación por el servicio a la comunidad.

Realizó sus primeros años de estudio en el Colegio de San Ignacio de Medellín y luego en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas - Colegio de San José - de esta ciudad. A la edad de doce años viajó a Cali, para continuar sus estudios en el Serafificado Franciscano, donde pasó su adolescencia en medio de una comunidad que siempre lo quiso y de la cual fue miembro muy reconocido.

Después de once años con la misma comunidad, en el Serafificado y Noviciado de la ciudad de Cali, en el Coristado de la población de Ubaté -Boyacá- y en el Diaconado de la ciudad de Bogotá, obtuvo la licenciatura en Filosofía y Teología. Se destacaba desde entonces como gran latinista y músico; su gran inclinación por la música hizo del joven seráfico un personaje de la ciudad de Cali. Contaban sus profesores muchas anécdotas de lo que se vivió en el viejo convento e iglesia de San Francisco en Cali, cuando el hermano Bravo, acompañado por el coro del Serafificado, cantaba las mejores páginas de la música religiosa, especialmente del *canto gregoriano* que cultivó con esmero; las gentes se agolpaban en el templo para escuchar silenciosamente y con emoción dichas interpretaciones; se decía, que parecía que fuese un jilguero el que cantaba.

Terminados sus estudios superiores religiosos, fue escogido por la Orden Franciscana para viajar a Roma, donde debía continuar los estudios teológicos y musicales en la Universidad Gregoriana y ordenarse como sacerdote. “Yo no me voy a ordenar, pero quiero terminar mis estudios eclesiales hasta el fin”, fue su decisión y se hizo *dispensar* la orden de Diácono que ya tenía, pero continuó con sus compañeros hasta la ordenación de ellos, cuando se retiró de la comunidad franciscana a los veintitrés años de edad, después de haber permanecido en ella once años. Para viajar a Roma en su reemplazo, fue escogido por la comunidad franciscana su compañero y gran amigo, Luis Andrade Valderrama quien fue posteriormente obispo en la ciudad de Santa Fé de Antioquia hasta su muerte.

Retirado de la comunidad franciscana después de recibir el 24 de octubre de 1924 su dispensa para no ordenarse como sacerdote, llevó siempre en lo más íntimo de su corazón a la orden, hasta el punto de que sus compañeros en el seminario franciscano lo siguieron llamando *Fray Pepe*. Regresó entonces al hogar materno en el barrio de San Benito de Medellín; allí siguió compartiendo su vida con su madre doña Ana Joaquina Márquez de Bravo, su abuela doña María de Jesús Bravo de Márquez, su tío Tomás Márquez Bravo y su hermano Ricardo.

En su hogar encontró el calor humano que aún permanece en la memoria de quienes convivieron con ellos en esos tiempos, y en donde el cristianismo, la comprensión, la cultura, acrecentado todo ello con las frecuentes tertulias y reuniones familiares, se tradujeron en una gran pasión vivencial de quienes se movían a su alrededor.

Pero pronto se separó nuevamente de ellos, pare viajar a la población de La Ceja, donde desempeñó el cargo de organista mayor de la iglesia parroquial y director de la Banda de Música, con la cual dio las acostumbradas retretas en el quiosco del parque principal que aún se conserva. Además, fue profesor de jóvenes estudiantes, que posteriormente llegaron a destacarse ampliamente, como fue el caso de Monseñor Alfonso Uribe Jaramillo en el campo eclesiástico.

Fundó su hogar el 24 de enero de 1926 con su vecina Ana Betancur Campuzano, de familia de amantes de la música, hermana del filósofo Cayetano Betancur, tan cercano intelectual y afectivamente a José María Bravo Márquez. De ese matrimonio nacieron diez hijos: Francisco, Ernesto, José María, Jorge, Nena, Antonio, Marta Elena, Anita, María Eugenia y María Cecilia, quienes se han desempeñado en diferentes campos profesionales y culturales.

Llegó a ser Director del periódico conservador *La Defensa*, Diputado en la Asamblea Departamental de Antioquia, y de allí pasó a su tan querida *Alma Máter*, la Universidad de Antioquia, como profesor de Historia Universal y Especial de América, de Filosofía y Apologética.

Su cultura musical, sus estudios de Filosofía, Sociología, Teología, Latín, Griego, Historia y Literatura, los difundió tanto en la Universidad

de Antioquia, donde fue profesor hasta su muerte y a la que consagró lo mejor de su vida, como también en otras instituciones educativas privadas y oficiales de la ciudad y del departamento, en forma gratuita la mayoría de las veces, y muy especialmente en sus tertulias familiares que compartía con la intelectualidad de su querido Medellín.

Paralelamente fue muy reconocido por la sociedad de Medellín, como historiador y gran intelectual porque inició también una serie de cursos especiales que dictaba particularmente a personas de la aristocracia de esta ciudad, fundamentalmente a damas que iniciaban su apertura en el campo cultural.

Sus cátedras predilectas en las cuales se desempeñó durante la mayor parte de su labor docente fueron: la Historia de la Música y Orientación Musical, Sociología, Latín, Prosodia Griega y Latina, Derecho Canónico, Historia de América, Geografía, Filosofía, Teología y Literatura Americana.

El 12 de agosto de 1932, el maestro Bravo Márquez inició el más grande movimiento coral del país con la fundación de su máxima obra el *Orfeón Antioqueño*, con un grupo de estudiantes y amigos, con la idea más adelante del *Orfeón de Colombia*, teniendo como punto de apoyo a la Universidad de Antioquia y al Instituto de Bellas Artes. Así empezó su conocida labor musical de formar masas corales con estudiantes, obreros y empleados, cuya timidez venció con su famoso lema *Todo el que habla canta*.

Con un pequeño coro inició el desarrollo de su obra, luego fueron varios coros y llegó a integrar una gran masa coral, cuando en histórica presentación realizada en la plaza de toros de La Macarena de Medellín, dirigió un concierto con más de mil quinientas voces mixtas.

Con su lema de *Todo el que habla canta*, con ese imán propio que tenía, el de su personalidad y capacidad de persuasión, motivaba a grandes grupos de personas que le seguían incondicionalmente en su obra orfeónica. Mantuvo un grupo de base de un centenar de intérpretes, *El Orfeón Antioqueño*, que ejecutó en conciertos, actos académicos y

religiosos, las mejores páginas de la polifonía clásica mundial y las obras que él y sus discípulos componían para el coro.

Ese lema y su propósito de transformar los sistemas de educación musical vigentes hasta entonces, le permitieron lograr que él y su obra fundamental, el Orfeón Antioqueño, tuvieran un lugar destacado dentro del movimiento coral de Colombia. El Orfeón Antioqueño, conjuntamente con la Coral Palestrina de la ciudad de Cali, dirigida por el Maestro Antonio María Valencia, su gran amigo, fueron realmente los que sembraron la simiente de los conjuntos vocales del país, o lo que es lo mismo, con ellos se inició en forma sistemática, continua y ordenada, el movimiento coral colombiano.

Dos instituciones de primer orden tuvieron nexos especiales con el Orfeón Antioqueño: la Universidad de Antioquia, que siempre le brindó su apoyo irrestricto y el Ateneo Antioqueño, donde tuvo su sede locativa permanente por aquiescencia de su director, don Samuel Vieira Uribe, que amaba al Orfeón. Bravo Márquez compuso en noviembre de 1931 la música del bello himno del Ateneo Antioqueño cuya letra, que hace referencia a la bandera de la institución, es del doctor Carlos E. Restrepo, expresidente de Colombia.

Bravo Márquez fue así mismo director de la Escuela de Música del Instituto de Bellas Artes de Medellín, cuando era director del Instituto don Antonio J. Cano. Allí tuvo bajo su dirección una orquesta, con la cual presentó varios conciertos, en donde combinaba instrumentos y coros. Fue en esta institución precisamente donde se formaron muchos de los mejores músicos aficionados y profesionales de la capital antioqueña en la primera mitad de este siglo.

La composición musical iba paralela con sus ejecutorias, y escribió música coral, obras de cámara, religiosa, varias misas, algunos comentarios musicales sobre obras humanísticas y literarias. Su *Sinfonía de los Andes*, compuesta como un homenaje al Padre de la Patria, obra ésta para orquesta, coro y solistas, contiene en la primera parte tema del folclor de los llanos orientales y termina con un gran himno a la libertad de América.

Su fama fue creciendo. Fueron varias las instituciones religiosas, con sus diversas manifestaciones, las que solicitaron al maestro intervenir en las más importantes solemnidades del culto religioso, como la Semana Santa en el templo de los padres franciscanos de San Benito, las procesiones del Corpus Christi y del Sagrado Corazón de Jesús, la festividad de la Virgen del Carmen solemnemente celebrada por las monjas Carmelitas en su convento de El Poblado, la novena de navidad transmitida por varias emisoras de la ciudad y en la iglesia de San Benito. Con ello, fue creciendo su influencia en el ambiente cultural de la ciudad, especialmente en las grandes concentraciones de multitudes, que era hacia adonde Bravo Márquez quería llevar el canto.

Varios grandes reconocimientos le hicieron al maestro. La Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, en la sesión solemne que celebró el 9 de febrero de 1939, en el salón de sesiones del Palacio de Bellas Artes, le hizo entrega de la *Medalla al Civismo*, máxima distinción que da esa entidad. La Universidad de Antioquia le otorgó la *Medalla al mejor profesor*, en acto solemne celebrado en el Paraninfo de la misma Universidad, sitio éste en donde le fue impuesta también, posteriormente, la *Cruz de Boyacá*, otorgada por el gobierno nacional en el año de 1947.

La obra del maestro Bravo Márquez continuó difundiéndose por todo el ámbito local y traspasó las fronteras del departamento. Rodeado de todos sus amigos, continuaba su labor orfeónica y en sus agradables tertulias culturales de los viernes en su casa, congregaba a profesores, discípulos y amigos. Entre ellos se contaban Julio César García, Samuel Vieira, Diego Echavarría Misas, don Adolfo Stóber y su esposa Annemarie, los maestros Fuster y Mascheroni, el poeta Jorge Montoya Toro, Jorge Franco Vélez y muchísimas más personas que siempre lo rodearon con aprecio y admiración.

Con el Orfeón Antioqueño, su pasión, José María Bravo Márquez pasó por este mundo como uno de los grandes cantores del amor, al estilo de Francisco de Asís, de quien él decía ser su discípulo.

La vida y la obra de José María Bravo Márquez, podrá considerarse como la historia sentida y vivida de una gran pasión, la cual fue más

dramática y hermosa, si consideramos que se proyectó en un medio difícil que valoraba más lo económico que lo cultural.

Bravo Márquez viajó con su Orfeón por muchos pueblos y ciudades de Antioquia y de Colombia 'divulgando la música coral y la cultura. Murió el 13 de abril de 1952, Domingo de Resurrección, cuando estaba con su Orfeón en la población de Apía, participando de una celebración de Semana Santa, mientras los orfeonistas que lo acompañaban, entonaban conmovidos y por petición expresa del maestro, el bellissimo himno mariano *Madre mía que estás en los cielos ...*

Nota de la dirección: El maestro Bravo Márquez fue miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia, al igual que los es actualmente su hijo Francisco, autor del artículo.

FECHA DE LA FUNDACION DE ANTIOQUIA

Raúl Aguilar Rodas

Los cronistas no señalaron la fecha exacta de la fundación jurídica de la ciudad de Antioquia por parte del capitán Jorge Robledo, así que sobre la fecha y el acta de fundación de la ciudad y también de su traslado a Nore hubo muchas conjeturas y controversias hasta bien entrado este siglo.

La fecha que se tuvo siempre como única fue la que el mismo Jorge Robledo dictó a su escribiente Juan Bautista Sardella, que la ciudad se había fundado en noviembre 25 de 1541, en su *Relación del Descubrimiento de las Provincias de Antioquia*, documento que se encontró en los que referenció el señor Juan Bautista Muñoz a fines del siglo 18 y que con tal designación se encuentran en el Archivo de la Real Academia de Madrid.

Juan de Castellanos no menciona para nada la fundación de Antioquia, pero sí su traslado por Isidro de Tapia, sin mencionar fecha. Pedro de Cieza de León, testigo que fue, nada menciona de la fecha de la fundación. Nada dice Gonzalo Fernández de Oviedo, quien fue contemporáneo de Robledo y a quien conoció, en su obra *Historia General y Natural de las Indias*

El primero de quien se tiene noticia, que tras investigaciones en el Archivo General de Indias, en los pleitos entre Jorge Robledo y Pedro de Heredia, encontró copia de las actas de fundación y traslado de la ciudad de Antioquia, fue el Dr. Emilio Robledo, quien en 1941 informó a la ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA, según acta que se conserva allí, que el acta de fundación tiene fecha de diciembre 4 de 1541 y la de traslado de septiembre 7 de 1542, dando así punto final a las especulaciones y lucubraciones que por siglos se dieron y que aún hay quienes las toman en cuenta.